



Archivos de Criminología, Seguridad Privada y Criminalística
Año 7, vol. XIV, enero-julio 2020
ISSN: 2007-2023
www.acspyc.es.tl

Criminología cultural. Las peleas de gallos en Monterrey. De lo rural a lo urbano

Cultural criminology. Cockfighting in Monterrey. From rural to urban

Fecha de recepción: 16/10/2019

Fecha de aceptación: 07/01/2020

Mtro. Martín Velázquez Rojas

Facultad de Filosofía y Letras-UANL

martinrockjas@hotmail.com

México

Resumen

Desde un enfoque cualitativo, el ensayo constituye una investigación histórica sobre el origen y significado de las peleas de gallos en Monterrey durante el siglo XX. Se indaga sus raíces en grandes civilizaciones y su arraigo en la sociedad novohispana hasta que esta tradición, generalmente soterrada afloró en algunas comunidades del sector norponiente de Monterrey, Ciénega de Flores, así como en el Casco antiguo de San Nicolás de los Garza que constituyen el universo del estudio. Metodológicamente, se realizó investigación documental en archivos locales y combinó con trabajo de campo buscando interpretación etnográfica. El autor concluye que las peleas de gallos se inscriben en formas de cultura subalterna que se asientan primero en las periferias, en los márgenes de la ciudad, para transitar hacia lo estrictamente urbano. Desde el submundo de la clandestinidad se van configurando mecanismos de socialización entre los galleros y sus audiencias, entre los soltadores y los apostadores, perfilando una cultura que sobrevive hasta hoy en determinadas zonas del área metropolitana de Monterrey.

Abstract

From a qualitative approach, the essay constitutes historical research on the origin and meaning of cockfighting in Monterrey during the 20th century. Its roots are investigated in great civilizations and its roots in novohispana society until this tradition, usually underground, surfaced in some communities of the northern sector of Monterrey, Cienega de Flores, as well as in the Old Town of San Nicolas de los Garza that make up the universe of study. Methodologically, documentary research was conducted in local archives and combined with fieldwork seeking ethnographic interpretation. The author concludes that cockfights are inscribed in forms of subaltern culture that first settle on the peripheries, on the margins of the city, to travel towards the strictly urban. From the underworld of underground mechanisms of socialization are being established between the Galleria and their audiences, between the solusers and the punters, profiling a culture that survives to this day in certain areas of the metropolitan area of Monterrey.

Palabras clave: Culturas subalternas; Espacios sociales; Modernidad; Urbanidad.

Keywords: Modernity; Social spaces; Subaltern cultures; Urbanity.

Introducción

En esta propuesta de investigación se ha considerado asumir la hipótesis de que la práctica de los juegos de gallos en el área metropolitana de la ciudad de Monterrey



constituye un cambio de las tradiciones rurales que permitió a los migrantes asentados en las áreas urbanas periféricas dotarlos de un sentido de identidad en el complejo proceso de adaptación a las nuevas circunstancias de la ciudad. En este sentido, se puede decir que el desarrollo de dicha actividad en el espacio urbano regiomontano interactuó con dos tipos de lógica; una moderna y global típica de las grandes ciudades, y otra la tradicional y local que tiende a conservar los valores campiranos en un contexto proclive a eliminarlos. Para precisar estas ideas resulta necesario recurrir a los planteamientos de algunos sociólogos que han trabajado el tema de la oposición entre la ciudad moderna y los barrios periféricos marginados. Uno de los conceptos que califica esta relación es el construido por Castells denominado ciudad dual.

Este término manifiesta la coexistencia espacial de un gran sector profesional y ejecutivo de clase media con una creciente subclase urbana compuesta por grupos sociales que comparten el mismo espacio mientras que son mundos aparte en términos de estilos de vida y posiciones estructurales en la sociedad (Castells, 1995, p. 292). La dualidad se refiere a la emprendedora contradicción de crecimiento y caída como un constante cambio de efectos exclusivos sobre diversos grupos sociales. La ciudad dual es una diversidad de aspectos en donde las posiciones del declive y el crecimiento se cristalizan en los modos de vida. En este ámbito se vuelven totalmente comunicables medios monetarios y niveles de cultura en donde se manifiesta una formación de pequeñas sociedades a través de un croquis diferencial del espacio que interactúa en la cultura, la comunicación, modos de vida y estructura financiera.

Siguiendo a Castells (1995, p. 292), la nueva marginalidad (urbanitas) es producida por medio de un sistema de aburguesamiento y un desplazamiento de los segregados hacia las periferias alejadas de la ciudad. Estos sitios de asentamientos de los nuevos urbanitas son conocidos como lugares descalificados de la ciudad y son utilizados por –criminales|| de la economía informal. Los recién llegados a la ciudad dual, en ocasiones, son los iniciadores de transformaciones en dichas áreas. (1995, p. 320), Esta división de sectores urbanos ha estimulado el estudio de los espacios marginados. Sobre esta temática, Doré enfoca su atención en la proliferación de barrios de hábitat precario denominados según las épocas y los países, favelas, barriadas, villas, miseria. El aspecto y tamaño considerable de estos barrios evocan una propagación impactante de la miseria pues han contribuido durante varias décadas a otorgarles una posición central en el



análisis sociológico urbano en distintos países, los marginales se vieron sucesivamente satanizados e idealizados. Esta última tendencia fue exclusivamente notable a partir de la década de 1980 (Doré, 2008, p. 82).

Asimismo Doré asigna una reestructuración de la palabra marginalidad y la adecua a su estudio. En palabras del autor: —para tratar de redefinir la marginalidad escojamos como punto de partida una especie de predefinición material que nos ayudará a delimitar el tema: llamaremos marginal a una persona excluida de los mercados inmobiliarios y laborales formales, que por ende vive en barrios que facilitan el acceso a terrenos fuera de las negociaciones inmobiliarias clásicas, la mayor parte del tiempo en zonas no urbanizables, rocosas o desérticas, y sin infraestructura previa, donde predominan las actividades informales (Doré, 2008, p. 84).

Los marginales están en constante interacción con el resto de la sociedad y esta interacción define la marginalidad, pues la dualidad realiza las dos sociabilizaciones en las ciudades antiguas y nuevas, creando un orden social totalmente marcado. En otros términos, no se pueden entender las conductas y percepciones de los marginales sin comprender la formación social del país. La marginalidad es un fenómeno que existe por la misma lógica de la formación social y se entiende en su seno cultural, de lenguaje y tradiciones (Doré, 2008, p. 84).

La marginalidad nace en un contexto de migración masiva del campo a la ciudad; es la causa más evidente de la proliferación de los barrios precarios o de formación de criminales aunada a la creación de órdenes lúdicos. La mayoría de los migrantes proceden de regiones serranas. Padecen atraso económico y abandono de parte de los poderes de gobierno. Por otra parte, el sueño de la creación de una cultura mestiza, moderna parece hoy en día algo totalmente obsoleto dado que de las dos inspiraciones culturales en juego, la profesional y la agrícola, una queda asociada con el progreso y la otra con el retraso (Castells, 1955, p. 294).

La dualidad, el progreso y el declive propugnan una sola vertiente de campo abierto al libre tránsito de la sociedad industrial, del viejo orden a la ciudad nueva. Esta tensión se expresa en los márgenes de una ciudad, la cual emplea nuevas características en un urbanismo centralizado por el orden establecido. Este conlleva lenguaje, profesiones, imágenes y actitudes que la serranía no conoce, pues se adapta a las condiciones que arraiga en su nuevo terreno. Esta formación de espacios periféricos en las ciudades trae



consigo un proceso de adaptación de las antiguas tradiciones rurales en las nuevas condiciones que implica la interacción en un nuevo ámbito urbano. En este sentido, se puede afirmar la existencia de una cultura rural dentro de las ciudades modernas (Castells, 1955, p. 321).

Este fenómeno ha sido abordado igualmente por Castells en su concepto de cultura agrícola. Según este autor la cultura agrícola se ha manifestado en la dualidad de las características estructurales y en su transformación en una cultura emergente. Su contexto ha sido absorbido por el cambio de lo rural a lo urbano, mejores condiciones de vida, empleo y un lugar en donde se modifica la existencia, llevando la carga no sólo del habla, sino además de una constante carga de cultura al lugar de migración, la ciudad. Una ciudad con dualidad, con estilo de vida, con estructuras estables y marginadas, pues la marginalidad se comporta de forma ajena al sector de las profesiones (Castells, 1955, p. 320).

En estos espacios urbanos marginales y periféricos emergen redes de sociabilidad propias que fomentan el desarrollo de valores culturales específicos en comparación con los practicados por las personas de clase media y alta de las ciudades. Dentro de esta perspectiva, algunos lugares y prácticas se desempeñan como puntos clave en el desenvolvimiento de un sentido de integración social que define la identidad del barrio y lo particulariza del contexto metropolitano. Estas nociones aparecen señaladas por Henri Lefebvre en su estudio de los barrios populares franceses. Dentro del margen de la vieja escuela se manifiestan costumbres, tradiciones, juegos lúdicos, pero sobre todo comunicación social y significativa. El migrante crea el barrio, no sólo le otorga vida, sino además su fisonomía, ejerciendo acción en la calle que lo agrupa, dentro de su primitividad como recién emigrado a los nuevos territorios por asentar (Lefebvre, 1970, p. 196).

Los nuevos urbanitas contienen la idea del barrio como la fusión comunitaria, pues la categoría de unión es la concentración del habla, costumbres y edificación. La transformación doméstica distingue las jerarquías domésticas en los nuevos barrios, los patriarcales, puesto que agrupan parentesco, localidad y actividad (Lefebvre, 1970, p. 197). La creación del barrio en las zonas marginadas es la esencia de una vida urbanizada pues todo tendría un sentido estricto, una coherencia, pero además una existencia. Los espacios geométricos, políticos y culturales entre el contacto urbano y la periferia es la



mínima expresión social entre los dos espacios sociales pues el barrio es supervivencia puramente por inercia. El barrio es necesario para la realidad social del centro urbano, pero subordinado, no define su realidad, pero es indispensable y sin el barrio, no hay ciudad (Lefebvre, 1970, p. 199).

Se ha olvidado que no sólo en la vida urbana existe un juego de continuidad sino también en los márgenes de la ciudad. Sólo basta recorrer las calles de los barrios para darse cuenta del valor de restituir el elemento lúdico en los barrios. Los márgenes de los nuevos habitantes, que no sólo es un espacio de criminales sino además rescata los elementos lúdicos del juego, toda clase de juegos (Lefebvre, 1970, p. 144).

Pues los juegos de la alternancia de la clase privilegiada son dotados de lugares pasivos, pues pertenecen a la ciudad antigua donde el núcleo central fue la ciudad y a su alrededor se disponían los elementos residenciales de trabajo y las empresas. Los grandes conjuntos urbanos constituyen las ciudades resplandecientes. Estas ciudades son el futuro de la sociedad de consumo y ocio en donde las máquinas sustituirán al hombre. El espacio no será más que alienación y una determinación; los nuevos barrios y conjuntos urbanos han destruido la ciudad antigua, la sociabilización en espacio, terreno e historia (Lefebvre, 1970, p. 145).

La calle desprende a las personas de la soledad y la insociabilidad. El terreno de juego sin reglas suele ser un encuentro de materiales culturales. La calle es el resultado de una sociabilización indispensable. En los nuevos barrios, las calles y el lenguaje son significaciones que son reducidas a simples señales, pero además, las construcciones han sido adaptadas por sí mismas al campo de las nuevas creaciones de los inmigrantes (Lefebvre, 1970, p. 181). Los nuevos asentamientos de los marginados han ignorado la importancia del juego, el elemento lúdico inseparable de la vida social del barrio. La calle, pues en la calle todo sucede puesto que no se cristaliza como los elementos pasivos de las ciudades antiguas, con sus grandes complejos residenciales, así como sus empresas. Pues los elementos del juego siguen normas, se cristalizan ante la imposibilidad de crear nuevas reglas. Así la pasividad dota las reglas, sigue la línea y las vuelve pasivas (Lefebvre, 1970, p. 182).

Para Lefebvre, un ejemplo de la apropiación del espacio social en los nuevos barrios lo constituye la taberna. Este lugar representa el punto básico de la vida social. Un mundo de actividades, encuentros amistosos, juegos y comunicación. Las personas las visitan no



sólo para beber sino por la comunicación; la relación social, que no sucede a menudo en las ciudades establecidas sino por el contrario, en los márgenes de la ciudad dual (Lefebvre, 1970, p. 135). La taberna es el centro de entretenimiento, la zona de estímulos e iniciativas. Es el sitio en donde el alcohol no fluye como debiera sino por el contrario, se venden periódicos y bebidas con poco alcohol. Más que un centro de embriaguez es un centro de comunicación social. Es el lugar de reunión no sólo al exterior sino al interior; la dualidad de la sociabilidad, la lucha de la monotonía y aburrimiento (Lefebvre, 1970, p. 136).

En este sentido se pudiera plantear si la práctica de los juegos de gallos en el área metropolitana de Monterrey ocuparía un lugar social importante en el proceso de conformación de espacios urbanos periféricos producido, en el periodo de migración del campo a la ciudad desarrollado en la segunda mitad del siglo XX y agudizando desde la década de los años sesenta.

La migración a Monterrey y la formación de espacios urbanos periféricos

La formación de áreas marginales en la ciudad de Monterrey se derivó de un proceso de migración rural llevado a cabo durante la segunda mitad del siglo XX. Estos espacios periféricos se desarrollaron de manera distinta de los asentamientos urbanos ya establecidos. Esta dinámica particular conllevó la configuración de condiciones especiales en cuanto a la situación socioeconómica de los habitantes, el medio físico de estos lugares y la estructuración de una cultura propia. El motivo de la migración hacia la ciudad de Monterrey se derivó del atractivo del auge industrial de la ciudad y de las cada vez más deplorables condiciones del campo. Aparentemente, este proceso inició inmediatamente después de la recesión de los años treinta. Esta coyuntura coincidió con una etapa de desarrollo económico acelerado en la ciudad y con su mantenimiento progresivo hasta los años sesenta (Zuñiga y Ribeiro, 1990, p. 19).

A la par, la ciudad y la producción industrial crecían, la industria dirigía sus productos a los mercados urbanos en vías de expansión los cuales eran alimentados por la migración rural hacia la ciudad. El círculo de dependencias se cerraba por la calidad de mano de obra industrial de los nuevos migrantes. Para el periodo comprendido de los años cuarenta a cincuenta, este proceso se aceleró aún más, por lo que se presionó hacia la expansión urbana de la ciudad. Para los años cincuenta y sesenta la tasa de crecimiento



en el área metropolitana de Monterrey fue de 8.7%, cifra sumamente elevada. Este proceso de crecimiento fomentó la integración de los municipios adyacentes a la ciudad en un área metropolitana, que en los últimos 50 años se ha incrementado de forma enorme (Zuñiga y Ribeiro, 1990, p. 20).

El gran impacto que dejó las migraciones en la ciudad de Monterrey es el reflejo no sólo del rápido aumento de la población sino en la marca que imprime a su crecimiento social y espacial y a una fuerte dinámica del funcionamiento de la urbe. La población migrante constituyó un fuerte total de la población en la metrópoli desde los años cuarenta. La migración establece en gran medida las circunstancias de la ciudad debido a que la mayoría de las migraciones viene a formar parte de la población clasificada por los organismos oficiales como de bajos ingresos o marginados (Zuñiga y Ribeiro, 1990, p. 21).

Esta tendencia configuró, en términos de Castells, a Monterrey como una ciudad dual en donde coexisten espacios residenciales de clase media y alta con asentamientos irregulares de los sectores bajos conformados en su mayoría por los nuevos migrantes rurales. Los migrantes procedentes no sólo de distintos estados de la República mexicana sino además de las rancherías de los municipios no conformados en el área metropolitana, llegaron en forma pacífica y dispersa con la ilusión de encontrar lugar en el mercado de mano de obra industrial. Al llegar a la ciudad fueron ocupando las viviendas más económicas, las casonas del centro de Monterrey, para después ir poblando los márgenes del espacio urbano, principalmente las colonias cercanas a la zona industrial. De este conjunto de nuevos pobladores el 55% de las familias se dedicaban a la industria de la construcción, un gremio más pequeño al comercio y otros a los servicios domésticos. De ellos, la mayoría vivía en casas de renta (Zuñiga y Ribeiro, 1990, p. 22).

Para los años sesenta, el crecimiento desmedido de los sectores de bajos ingresos empezó a dar señales de alarma y para ellos se creó el departamento del plan regulador de la ciudad de Monterrey. A pesar de esta iniciativa gubernamental, los recién llegados a la ciudad ocuparon terrenos de forma irregular ante la indiferencia de las autoridades como de los particulares, a quienes les pagaban una cuota por el piso en donde se alojaban. Algunos de los ejemplos que se pueden mencionar son las colonias El Pozo y La Coyotera (Zuñiga y Ribeiro, 1990, p. 22). Para este tiempo, la práctica de la llamada invasión masiva de tierras se vuelve relativamente frecuente, lo que otorga visibilidad al grupo. El hecho fue aplicar las fuerzas directas organizadas para conquistar la tierra



urbana y crear derechos originales de apropiación. Las invasiones territoriales de este periodo fueron inicialmente encabezadas por la CNOP, CTM Y CROC, dotadas de un gran poder de mandato sobre la tierra urbana, principalmente en las que se demandaban por las crecientes oleadas de migrantes. El poder de gestión que fue utilizado por las corporaciones permitió el control de los recién llegados, que fueron incorporados masivamente a los partidos con fines electorales (Zuñiga y Ribeiro, 1990, p. 23).

Para el año de 1968, el gobierno de Eduardo Elizondo prohibió la venta de terrenos no urbanizados. Su objetivo consistió en la implementación de servicios públicos, los cuales requerían de la tenencia legal de la tierra. Pero lo que ocasionó dicha ley fue agudizar el aumento de las invasiones ilegales (Zuñiga y Ribeiro, 1990, p. 23). Los nuevos asentamientos llegaron a afectar los intereses de los sectores privilegiados. Este fue el caso de algunas colonias pertenecientes al movimiento Tierra y Libertad, creado en 1973. Sus asentamientos se localizaron al norte de la ciudad de Monterrey en terrenos de poca plusvalía. Igualmente se establecieron en el sur en espacios que originalmente eran previstos para la expansión de áreas residenciales. La cantidad de invasiones promovidas por tierra y libertad aumentó entre 1973 y 1976. En este periodo se organizó el frente popular Tierra y Libertad, agrupando 31 colonias de poseionarios, 16 vecindades, tres uniones ejidales y tres organizaciones con actividades relacionadas con transporte, comercio y fotografía (Zuñiga y Ribeiro, 1990, p. 24).

En este tipo de espacios urbanos irregulares, marginados y periféricos en la ciudad de Monterrey se van conformando elementos comunitarios distintivos en el contexto urbano local. Las condiciones particulares de estos sitios contribuyen al desarrollo de pautas culturales propias generadas a partir de los valores de la sociedad rural que se confrontan con las visiones modernas globalizadas que caracterizan a la población de las grandes ciudades. Por citar un ejemplo, se puede señalar el caso del seguimiento de la música nortea y el posterior gusto por la música colombiana en una sociedad mediática que impulsaba las baladas románticas en español y el rock en inglés. En este sentido, lo importante sería evaluar el papel de las peleas de gallos en la definición de una cultura urbana marginada regiomontana enmarcada en este proceso de crecimiento metropolitano compuesto por tensiones y contradicciones.



El desarrollo histórico de las peleas de gallos en México

Aunque se pueden considerar a las peleas de gallos como parte del folklore nacional mexicano, esta práctica cuenta con profundas raíces históricas no se le puede visualizar como una costumbre típica y específica del ámbito hispanoamericano y mucho menos exclusivamente mexicano. Las primeras referencias históricas que se conocen respecto a las peleas de gallos se encuentran en la China imperial y en la India antigua en donde se jugaban gallos únicamente por diversión. Posteriormente en la época helénica existen evidencias que muestran el desarrollo de esta actividad. Según las crónicas griegas, el general ateniense Temistocles utilizaba a los gallos para inculcar valentía a los combatientes (Zuñiga y Ribeiro, 1990).

De regreso a la China imperial, se cree que desde este sitio llegaron los primeros gallos a la Nueva España a través del enlace comercial que mantenía el galeón de Manila que conectaba el imperio chino, Filipinas y el territorio americano de la Monarquía Hispánica. A esta creencia se oponen varios testimonios que coinciden en la afirmación de que las primeras gallinas fueron llevadas a América por los españoles y con ellas también los gallos de pelea.²⁹ A su llegada a la Nueva España el juego de gallos se convirtió en una práctica común que ofrecía diversión y entretenimiento a un sector de la población. Los 28 (Sarabia Viejo, 1972). El Juego de Gallos en Nueva España, jugadores y mirones se trasladaban a los diferentes lugares en donde se desarrollaban las peleas de gallos. Algunos de estos actos alcanzaban notabilidad cuando se encontraban enmarcados en celebraciones importantes como el cumpleaños de un funcionario o un evento de índole social y política. En este tipo de actividades, no solamente asistían las personalidades más distinguidas sino que se mezclaban con el populacho para disfrutar y apostar (Sarabia Viejo, 1972, p. 8).

Esta afición que se mantenía en la Nueva España por las peleas de gallos desembocó en la creación de las denominadas casas de gallos y naipes. Este establecimiento se distinguía de las plazas de gallos en que se disponía de una cantidad monetaria limitada para apostar. Aunque esta restricción se suavizaba manteniendo el local abierto casi todo el día (Sarabia Viejo, 1972, p. 9). Una de las características del juego de gallos en la Nueva España es la participación de los estratos más bajos que apostaban continuamente sus pocos ingresos. Esta afición fue tan intensa en la sociedad virreinal que algunos españoles convivieron con negros e indígenas hasta convertirse en parte de sus comunidades. La



adicción de los novohispanos por todo tipo de juegos de azar fue evidente, pues les agradaban no sólo los gallos, sino también los dados (Sarabia Viejo, 1972, p. 10).

También a los estratos sociales más prominentes del territorio novohispano les agradaba visitar y apostar en los palenques que resultaban sorprendentes para la mayoría de los visitantes extranjeros. No era bien visto que las damas destacadas asistieran a ver este tipo de juegos sangrientos y populares, aunque a los extranjeros les agradaba seguir con detalle la pelea y sus ganancias. Los extranjeros que entraban a la plaza de gallos a presenciar este tipo de violencia animal entraban en un hermetismo sin sentido. Era irracional pensar que las grandes noblezas españolas se encontraran apostando entre todo tipo de clases sociales; pero lo más sorprendente era observar a damas apostando entre los asistentes (Sarabia Viejo, 1972, p. 10).

Debido a que las peleas de gallos se consideraban libres de maldad —ni moral ni social por la mayoría de la población||, esta afición se extendió a todos los miembros de la sociedad. En las plazas llegaban personas de gran distinción, e incluso eclesiásticos; aunque las autoridades religiosas nunca aceptaron esta bondad de un juego que favorecía la ociosidad en la población, provocando disputas y robos contrarios al bien moral. En el siglo XVIII, la fuerte afición por la pelea de gallos en la sociedad novohispana motivó la necesidad de su reglamentación. Las plazas y casas de gallos durante el periodo de 1711 dieron considerablemente de que hablar, pues dadas las restricciones que se exponían en las cédulas, las casas de gallos seguían laborando de forma normal, a la par con las casas de naipes. Posteriormente, entre los años de 1723 y 1740 las Reales Cédulas prohibieron las peleas de gallos y solamente se otorgaron permisos pero no asientos (Sarabia Viejo, 1972, p. 103).

La causa de esta prohibición radicaba en que las autoridades españolas consideraban a los juegos de azar como los naipes, los dados y los gallos como sinónimo de vicio y corrupción que promovían a los indios a malgastar su tiempo y dinero en diversiones y bebidas sin dejar algo útil a su vida. Por ejemplo, se quejaban los religiosos que dichos juegos provocaban que los feligreses no asistieran a misa y todo el tiempo lo malgastaban en las peleas. Asimismo, no contaban con dinero para otorgar apoyos económicos durante las misas (Sarabia Viejo, 1972, p. 10).

Además, para complicar aún más la situación a pesar de la prohibición, se continuaban efectuando las peleas de gallos en la clandestinidad y esto provocó, por las



condiciones de insalubridad, que se extendiera en el año de 1737 una epidemia a consecuencia de los piojos o mordeduras de las pulgas. Pero para la segunda mitad del siglo XVIII, las autoridades novohispanas volvieron a reactivar esta diversión novohispana (Sarabia Viejo, 1972, p. 105). En el momento de constituirse México como país independiente, las peleas de gallos continuaron siendo populares en el territorio nacional. Dados los efectos de la guerra de independencia, se apostaba poco en comparación a la época novohispana. Un rasgo que hay que destacar del desarrollo de las peleas de gallos en la primera mitad del siglo XIX es la notoriedad de su vinculación con algunos personajes políticos importantes, siendo el más recordado Antonio López de Santa Anna (Sarabia Viejo, 1972, p. 81).

Durante esta época, el juego de gallos se mantuvo sobre todo en el campo en donde abundaban las haciendas con pequeñas plazas de gallos y en las ciudades durante las grandes ferias o festividades. En este periodo, se discutía si esta práctica se prohibía o permitía. En el caso de las gestiones presidenciales de Antonio López de Santa Anna, esta actividad se fomentaba de manera especial dada su afición personal (Sarabia Viejo, 1972, p. 82). Asimismo, durante la etapa de la Revolución mexicana, las peleas de gallos fueron famosas. Por ejemplo, en los batallones de Francisco Villa y Emiliano Zapata acostumbraban lidiar gallos en las fiestas como expresión de felicidad y convivio. Esto era una muestra del arraigo popular que todavía para inicios del siglo XX contaba el juego de gallos entre la población mexicana.

Consideraciones finales

Considero que la concepción de Burke sobre cultura popular resulta pertinente para encuadrar nuestro tema de estudio. Las peleas de gallos en Monterrey y su área metropolitana son una práctica que corresponde a grupos sociales marginales de procedencia rural. Los cuales reproducen valores propios de su cultura autónoma que entra en tensión con elementos de cultura apropiada procedentes del entorno urbano.

Esta tensión entre sistema de valores distintos fomenta que la cultura marginal se adapte a los elementos prevalecientes del medio moderno. En este sentido se ejercen una especie de control cultural en donde las prácticas originales de la cultura autónoma son alteradas bajo condicionamientos sociales del otro sistema cultural. A pesar de este control cultural la práctica de las peleas de gallos en Monterrey se siguen conservando y



resultan importantes para ciertos grupos marginales de procedencia rural y para pobladores que quieren continuar con las tradiciones históricas que fundamentan los espacios de sociabilidad masculina.

En conjunto de la sociedad del área metropolitana de Monterrey, las peleas de gallos representan una práctica arcaica, salvaje, que no encaja en el modelo cultural de la modernidad y urbanidad. Por ello esta actividad resulta ser identificada con los grupos marginales y presenta rasgos de invisibilidad. Por esos motivos a las peleas de gallos se les condena y se les desplaza hacia la clandestinidad. La cultura autónoma deja de serlo al convertirse en una cultura apropiada, ya que la clandestinidad termina en los valores urbanos. La cultura matriz, al trasladar sus prácticas al entorno diferente que representa el espacio urbano, al compararlo deja de ser legal, ya que su apropiación originaria es legal autónoma y deja de ser propia al estar en la ciudad.

Aunque se pudiera pensar que las peleas de gallos representaban parte del patrimonio cultural mexicano, en realidad, esto sería incorrecto debido a la comparación de la práctica donde se le cataloga como un patrón de ilegalidad formando conjeturas y a su vez lagunas permisibles de amoralidad.

En suma, la práctica de gallos en Monterrey y su área metropolitana se encuentra en un momento de transición, en donde se le ha despojado de su carácter folklórico nacionalista y se ha conservado en entornos subterráneos y clandestinos que resisten a integrarse del todo a los valores de la cultura moderna y urbana porque les permite, de alguna manera, conservar ciertos valores culturales que le proporcionan identidad. El hecho de que esta práctica se adapte a los criterios comerciales y de espectáculo de la sociedad moderna tiende a perder su esencia como elemento de cohesión social entre los sectores marginales.

Lista de referencias

- Basave Fernández del Valle, A. (1964). *El Romanticismo Alemán*. Monterrey: Centro de Estudios Humanísticos UANL.
- Bonfil Batalla, G. (1991). *Pensar Nuestra Cultura*. México: Alianza.
- Campos, R.M. (1929). *El Folklore Literario de México*. México: Secretaría de Educación Pública.
- Castells, M. (1995). *La Ciudad Informacional. Tecnologías de la Información, Reestructuración Económica y el Proceso Urbano-Regional*. Madrid: Alianza.



- Garza Villareal, G. (1995). *Atlas de Monterrey*. Ciudad de México: Gobierno de Estado de Nuevo León, UANL, Instituto de Estudios Urbanos de Nuevo León y El Colegio de México.
- Geertz, C. (2001). *La Interpretación de las Culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Guajardo Mass, J.E. (2008). *Relatos y Recuerdos. Calles y Centro de Monterrey*. Monterrey: Ancla de Tiempo.
- Lefebvre, H.(1970). *De lo Rural a lo Urbano*. Buenos Aires: Lotus Mare.
- Linton, R. (1971). *Cultura y Personalidad*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Narváez Tijerina, A.B. (2006). *Ciudades Difíciles. El Futuro de la Vida Urbana Frente a la Globalización*. Ciudad de México: Plaza Valdez y UANL.
- Sarabia Viejo, M.J. (1972). *El Juego de Gallos en Nueva España*. Sevilla: Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla.
- Zubieta, A.M. (2000). *Cultura Popular y Cultura de Masas Conceptos. Recorridos y Polémicos*. Argentina: Paidós.
- Zúñiga, V. (1990). *La Marginación Urbana en Monterrey*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Doré, E. (2008). La marginalidad urbana en su contexto: modernización truncada y conductas de los marginales. *Sociológica*, 23(67). Recuperado de <http://www.revistasociologica.com.mx/pdf/6705.pdf>